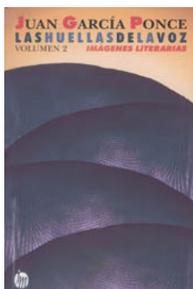


EL LENGUAJE DE LO IMPOSIBLE

Guillermo Vega Zaragoza



Si existe un escritor mexicano que ejerza la "crítica en primera persona", en el sentido en que lo estableció hace ya algún tiempo Alberto Ruy Sánchez, ese es, sin duda, Juan García Ponce. Desde sus primeros ensayos de crítica de arte y literatura, reunidos en *Cruce de caminos* (Universidad Veracruzana, 1965) hasta los más recientes, compilados en los dos volúmenes de *De viejos y nuevos amores*, el novelista y cuentista nacido en Mérida, Yucatán, en 1932, se ha distinguido por "tomar a la pasión verdadera por una obra literaria (o plástica) como punto de partida para trascenderla".

¿Pero trascender la obra literaria en qué sentido? En el sentido que ha señalado José de la Colina, al referirse al gran ensayo que dedica García Ponce al análisis de la obra de Pierre Klossowski, titulado *Teología y pornografía* (Editorial Era, 1975): convirtiéndose en cómplice de la obra y del autor, apropiándose de los elementos que le fascinan de ambos y, a su vez, extendiendo esa complicidad con el lector, como eternos círculos concéntricos, que tienen como pretexto una obra o un autor que terminan por fascinar tanto al ensayista como al destinatario del texto.

De esta forma, la de García Ponce como ensayista sería, al igual que su extensa obra narrativa, una "escritura cómplice" (de hecho así se llama la selección de textos que analiza su obra y que publicó Editorial Era en 1997) que se expresa una y otra vez en colecciones tales como *Entrada en materia* (UNAM, 1968), *La aparición de lo invisible* (Siglo XXI Editores, 1968), *Trazos* (UNAM, 1974), *La errancia sin fin* (Anagrama, 1981) e *Imágenes y visiones* (Vuelta, 1988), entre otros, en los que abarca una verdadera legión de autores y obras, reflejo de su aidez y curiosidad estética.

Nadie como García Ponce ha hecho honor en nuestro país al género inaugurado por Montaigne, cuya etimología se refiere a la acción de pesar algo y que, por extensión, significa "sentir en las propias manos el peso de las cosas". En su ejercicio ensayístico, García Ponce sopesa a cada autor y a cada obra desde su propia sensibilidad y experiencia, y somete sus reflexiones a un ritmo personal, a un movimiento, a un estilo único que invita al placer de la lectura y la contemplación. Todo ello corrobora la consideración que hizo alguna vez Octavio Paz en el sentido de que el yucateco "no es un ensayista que redacta novelas sino un novelista que escribe ensayos".

Como parte de la colección "Obras de Juan García Ponce", la editorial Joaquín Mortiz ha puesto en circulación las primeras dos entregas de *Las huellas de la voz*, colección de ensayos que aparecieron originalmente en 1982, en una versión ahora inconseguible de Ediciones Coma. En esa ocasión se editó en un solo volumen, pero ahora se ha decidido dividirlo en cuatro libros independientes.

Casualmente, casi al mismo tiempo se ha publicado otro libro de García Ponce, *Tres voces*, editado a todo lujo por Aldus, pero, a diferencia de la colección mencionada, en lugar de desmembrarlos, reúne ensayos sobre tres autores fundamentales en la obra del yucateco: Thomas Mann, Heimito von Doderer y Robert Musil. Ambas colecciones están unidas por la coincidencia temporal de su aparición, por la palabra "voz" y por la paradoja editorial de que mientras una obra se separa para darle un formato más manejable, otra se reúne para permitir la lectura conjunta de tres escritores a quienes García Ponce expresa su amor con la máxima claridad que se puede alcanzar. Explosión e implosión que marcan el ritmo de la curiosidad estética de este autor insoslayable para las letras mexicanas.

Para García Ponce, la voz es fundamental en la literatura, pues es lo único que distingue al escritor, su única defensa y su único asidero, "una misma voz que es siempre diferente y cuyas modulaciones y transformaciones" trata de "puntualizar quizá con la esperanza de mostrar su unidad dentro de la diversidad". Así, en cada colección de ensayos asistimos a la asamblea de artistas que García Ponce convoca bajo el influjo de sus múltiples voces y reverberaciones.

El primer volumen lleva el subtítulo de "Imágenes plásticas" y aborda la obra de pintores que lo han acompañado siempre y cuya aventura en busca de la expresión ha seguido muchas veces de cerca, tales como Balthus (víctima de su propio poder, que lo ha colocado fuera del tiempo), Roger von Gunten (que devuelve al mundo su coherencia y nos la entrega a través de la inteligencia y el poder emocional de los signos), Vicente Rojo (entregado a un hermetismo cada vez más estricto y volcado sobre sus propias leyes secretas), Manuel Felguérez (el aparente traidor de sí mismo que disimula una más alta forma de fidelidad), José Luis Cuevas (en cuya obra nada es verdadero sino la pertenencia a su propio mundo), Juan Soriano (la negación de cualquier identidad fija en favor de un fluctuante conjunto de emociones que luchan entre sí) y Rufino Tamayo (en quien subyacen un presente sin fronteras y un pasado cuyo signo es el del olvido), entre otros. Pero, además, como "la pintura invita a divagar", el autor aborda algunos temas abstractos siempre en relación con la pintura, entre los que destacan el tema de los escritores que pintan y el binomio formado por el pintor y la mujer.

"Todo es imagen", nos dice García Ponce: "El hombre ha sido capaz de mirar a su alrededor y reproducir e interpretar el mundo que lo rodea, antes aun de mirarse a sí mismo." Afirma que acercarse a la pintura puede ser una manera de afirmarnos como hombres al tiempo que afirmamos la realidad del mundo, y para ello no tenemos más que ejercer la facultad de mirar, "una facultad de la que el sentido de la vista nos hace dueños aún sin que nuestra voluntad intervenga: apenas abre los ojos todo hombre empieza a ver". De la misma manera, "en la pintura no se trata de entender ni de juzgar; basta con abrir los ojos y ver".

Siempre fiel a sí mismo y a sus obsesiones, García Ponce revela su "método" (por llamarlo de alguna manera) para adentrarse en la pintura, para penetrarla y hacerla suya: "El único requisito indispensable es nuestra voluntad de entrega. Hay que entregarse desarmados a los cuadros, sin ningún prejuicio, conscientes de que no es nuestra mirada la que va a darles realidad, sino ellos los que van a darle realidad a nuestra mirada al hacer posible la contemplación."

El segundo tomo se intitula "Imágenes literarias" y con él saltamos de la realidad de los colores y las formas a la realidad de las palabras. Aquí, a García Ponce lo estimulan algunos libros y algunos autores que también le son entrañables, casi todos ellos mexicanos e hispanoamericanos, con especial énfasis en la obra poética, de la que se ha revelado inteligente admirador y acucioso crítico. Junto a las de Gilberto Owen (el gesto huraño y el destierro permanente), Xavier Villaurrutia (la pura intensidad sin dueño que el lenguaje encierra en su movimiento sin fin), Octavio Paz (viaje por la esplendorosa multiplicidad de la experiencia) y Rubén Bonifaz Nuño (fuerza admirable del amor y continua presencia de la fugacidad), conviven las voces de Jorge Luis Borges (laberinto de inquietudes metafísicas y radical escepticismo), Luis Cernuda (lenguaje de pureza ilimitada y rumores secretos) y José Lezama Lima (oscuro, barroco, verboso hasta el delirio), que García Ponce se ha apropiado y transformado para trascenderlas y entregarle al lector la experiencia de sus resonancias y silencios.

"¿Quién habla cuando hablan los libros?", se pregunta García Ponce, y él mismo nos responde: "Habla la escritura. En la escritura, allí donde la palabra encuentra su voz convertida en un murmullo interminable, en un puro camino sin fin, que no se dirige a ningún lado y se recoge una y otra vez sobre sí mismo, volviendo siempre a empezar, el escritor y el lector se encuentran en su desaparición."

Simultáneamente a esta asamblea poética, García Ponce convoca también a sus pares narradores de estas y otras latitudes: Sergio Pitol, Elena Poniatowska, Lawrence Durrell, Henry Miller, Felisberto Hernández, José Bianco, entre otros, con los que conversa y llega a la conclusión de que "la voz de la novela es el lenguaje de lo imposible". De la novela, de la literatura, del arte, nos atreveríamos a completar.

La Jornada Semanal, 12 de noviembre del 2000